

# TEMAS Y FORMAS HISPÁNICAS: ARTE, CULTURA Y SOCIEDAD

Carlos Mata Induráin y Anna Morózova (eds.)





## EL EPÍTETO COMO REFLEJO DE LA MENTALIDAD MEDIEVAL EN EL *POEMA DE MIO CID*

*Elena Zernova*  
*Universidad Estatal de San Petersburgo*

Todo texto literario, reflejando la realidad de su tiempo, sirve de portador de la información sobre la mentalidad de la época. Prácticamente todos los elementos de la estructura lingüística del texto llevan en sí tal información. Una de las tareas de la lingüística contemporánea, con su antropocentrismo bien explícito, consiste en intentar, a través de la decodificación y desciframiento de tal información, representar la concepción del mundo, la mentalidad propia de tal o cual período histórico, tal o cual nación o individuo concreto.

En este artículo me propongo ofrecer un ejemplo de tal decodificación del texto, en este caso medieval. Me servirá de base el texto del *Poema de mio Cid*<sup>1</sup>, pero también citaré ejemplos de algunos otros textos de los siglos XII-XV. Centraré la atención en los calificadores del nombre, sobre todo en los epítetos, que desempeñan un papel relevante en el reflejo de la imagen del mundo, siempre claramente determinada histórica, social y nacionalmente.

El nombre adjetivo, cuya semántica incluye en sí no solo el aspecto nominativo propiamente dicho, sino casi siempre también el pragmático, resulta capaz de reflejar, como ninguna otra parte de la oración, en el grado más completo, no solo el mundo real como tal, sino también nuestra actitud hacia él.

<sup>1</sup> Aquí citado según la edición de Ramón Menéndez Pidal, 1963.

Lo primero que salta a la vista, al analizar el corpus de adjetivos en los textos medievales, es la pobreza relativa de su repertorio y el empleo muy frecuente de los adjetivos de la semántica y valencia más amplias, así como el uso excesivamente raro de los adjetivos relacionales, los que sirven para relacionar un objeto con otro. Por ejemplo, el casi 50% de los determinantes del nombre en el *Poema de mio Cid* corresponden al nivel léxico solamente a dos adjetivos: *grande* y *bueno*. Resultados incluso más sorprendentes nos ofrece el examen de algunos otros textos de la época medieval. En la *Primera Crónica General* estos dos vocablos corresponden al 62% de los determinantes de sustantivos y en *El Conde Lucanor* y *El caballero Zifar*, por ejemplo a un 70%. En cambio, los adjetivos relacionales no forman más que el 3-4% del número total de las unidades adjetivales.

Tal es la realidad lingüística. Ahora vamos a ver, cómo refleja esta la mentalidad del autor medieval.

La concepción del mundo del hombre de la Edad Media en algunas de sus características fundamentales es equiparable a la mentalidad infantil. La legitimidad de tal comparación se defiende en los trabajos de varios filósofos del pasado, pero la argumentación, tal vez, más clara y precisa la encontramos en las obras del pensador ruso de los albores de nuestro siglo Piotr Bicilli<sup>2</sup>. Igual que un niño que aprende a pensar y hablar, el hombre de la Edad Media no percibe la realidad como un todo, íntegro, en correlación e interdependencia de todos los objetos, sino de un modo fragmentario, interpretando cada trocito de la realidad como una entidad que se basta por sí misma, independiente, invariable, estática por su propia naturaleza. Pesa sobre su conciencia una ley psicológica que recibió en la filosofía el nombre de *l'arrêt mental* (detención mental), la cual lleva a que una vez formada una asociación lógica nunca puede ser violada, ya que se le atribuye una existencia autónoma. Lo que fue percibido una vez en alguna conexión, ya no se percibe en ninguna otra conexión menos esta. De aquí lo formulario que es el texto medieval, saturado de fórmulas tradicionales, lo cual se manifiesta, si hablamos del adjetivo, en el elevado número de las fórmulas atributivas y el amplio uso de los epítetos estables, permanentes, que según el académico ruso

<sup>2</sup> Ver, por ejemplo, su famoso libro *Elementos de la cultura medieval*, reeditado en 1995.

Dmitriy Likhachev<sup>3</sup> forman un elemento inherente de la poética de reiteración, tan característica de las obras medievales. Una vez empleado junto al nombre, el vocablo calificativo se sujeta a aquel y sigue empleándose a su lado, constituyendo una fórmula tradicional, en cuyo contexto se realiza el significado concreto de los componentes.

Está directamente vinculada con la percepción fragmentaria del mundo la tendencia a hipostatizar<sup>4</sup> las nociones abstractas, o sea, convertir una idea, una constatación empírica, una noción abstracta en un ser independiente y existente por él mismo. En el marco de esta tendencia la cualidad se percibe por sí misma como objeto de la realidad independiente, y al nivel referencial la unión del sustantivo y el adjetivo se concibe como reflejo de la unión de dos conceptos independientes, ya que la cualidad se añade al objeto como un objeto más. Resulta más fácil hipostatizar las nociones que poseen una amplia valencia semántica para un número máximo de los objetos de la realidad. En el campo de la calificación son las características más abstractas: *bueno/malo*, *grande/pequeño*. A fin de cuentas, estos cuatro conceptos son suficientes para dar una característica calificativa abstracta de todos los objetos del mundo real. Según Samuel Gili y Gaya, son estos cuatro lexemas los que emplea el niño cuando empieza a hablar para valorar la realidad que le rodea<sup>5</sup>. Por cierto, una situación parecida la podemos ver en algunos idiomas primitivos. Así, el ibo, lengua africana, solo tiene ocho adjetivos: *bueno/malo*, *grande/pequeño*, *nuevo/viejo*, *blanco/negro*. Y no es nada casual el que los adjetivos de la semántica más amplia y, como consecuencia, de posibilidades combinatorias más variadas, resulten ser líderes evidentes por su frecuencia en el texto medieval, ya que se encuentran siempre en más de la mitad de los sintagmas adjetivales, llegando a formar en algunos textos el 80% de los determinantes nominales. De tal manera el nombre recibe características mayormente generales, genéricas; la valoración específica no es propia de la mentalidad medieval, ya que al fin y al cabo exige una constatación de la existencia de relaciones

<sup>3</sup> Likhachev, 1985, p. 246.

<sup>4</sup> Hipóstasis —gr. *Substancia*—, substancia considerada como realidad ontológica, en contraposición a lo puramente mental.

<sup>5</sup> «Es digna de notarse la escasa adjetivación calificativa del lenguaje infantil [...]. La adjetivación valorativa de carácter moral se reduce ordinariamente a la pareja *bueno-malo*» (Gili Gaya, 1982, p. 214).

de causa-efecto entre los eventos de la realidad. La apercepción (acto consciente de reconocer el objeto percibido) no es característica para la mentalidad medieval, la cual se para en la etapa de percibir. Por esta razón el corpus de los epítetos en los textos que observamos está reducido a los que expresan cualidades más generales. En efecto, el empleo de un adjetivo más específico, relacional, significa la constatación del hecho de que entre dos objetos de la realidad exista una relación provisional, inestable, ya que los determinantes especificativos nos sirven para identificar al referente extensionalmente, indicando en la semántica del nombre una pequeña parte e implicando lo demás de una manera negativa, como consecuencia. Así, el grupo nominal *las pieles armiñas* supone destacar en el referente al que se alude mediante el nombre *las pieles* dos partes desiguales: una minúscula, definida de una manera explícita (*piel armiña*) y otra mucho más voluminosa, determinada de un modo implícito (*pieles NO armiñas*, es decir *pieles de otros animales*). Esta segunda parte puede explicarse, si hay necesidad, en tal o cual contexto, sustituida una característica accidental por otra. La concepción del mundo medieval, estática en su esencia, no está dispuesta a establecer tales relaciones inconstantes, y esto explica el empleo tan poco frecuente de los adjetivos relacionales en los textos estudiados.

Otro rasgo distintivo de la mentalidad medieval es la tendencia a la representación positiva de la realidad. En la conciencia del hombre de la Edad Media Dios creó todas las cosas como perfectas. Él no quiso crear el mal. En la concepción monista del mundo, dominante en aquella época, el mal se concibe como la carencia del bien. Solo el bien es una cosa real y solo del bien es posible decir que existe.

Es consecuencia lógica de tal percepción del mundo el empleo sumamente raro de los adjetivos cuya estructura semántica lleva encerrado en sí un sema negativo. Esto se manifiesta de un modo evidente en el uso del lexema que está precisamente destinado a representar la calidad negativa en su forma más abstracta, más pura, más absoluta: es el adjetivo *malo*. Vamos a ver cómo funciona este adjetivo en el texto del *Poema*.

Lo primero que salta a la vista es su uso muy escaso en comparación con su antónimo *bueno*: 16 casos frente a 176 ejemplos de *bueno*. Es significativa asimismo su capacidad de combinación. Como regla, este adjetivo va unido a un grupo determinado de sustantivos, cuyo valor semántico supone una connotación negativa: *enemigo*, *traydores*,

*vergüenças, mestureros, cárcel*, etc. En tales combinaciones *malo* interviene como puro epíteto, o sea, «no añade nada nuevo semánticamente al sustantivo y entonces, lo que tenemos no es la denotación de un subtipo de lo denotado por el sustantivo, sino simplemente de un énfasis sobre alguna nota característica del concepto encerrado en tal sustantivo»<sup>6</sup>. Cito los ejemplos:

Fabló mio Çid bien e tan mesurado:  
«Grado a ti, señor Padre, que estás en alto!  
Esto me an buolto mios enemigos *malos*» (vv. 7-9)<sup>7</sup>.

... salvest a Daniel con sus leones en la *mala* cárcel... (v. 310).

Merçed, Canpeador, en ora buena fostes nado!

Por *malos* mestureros de tierra sodes echado (vv. 266-267).

Espuelas tienen calçadas los *malos* traydores... (v. 2722).

Es evidente que el adjetivo en todos los ejemplos citados interviene en calidad de un epíteto puramente ornamental intensificando el sema negativo del nombre sustantivo.

Estas fórmulas tradicionales con epíteto fijo pueden modificarse debido a la intención del autor de añadir más énfasis, más valor metafórico a lo enunciado. Se realiza una substantivación ocasional del adjetivo *malo*, y como resultado dicho vocablo adquiere el significado de *hombre malo*; después se aplica el método de acumulación léxica, o sea, el empleo paralelo de varios sustantivos sinónimos:

Aquim parto de vos commo de *malos* e de *traydores* (v. 2681).

Calla, *alevoso*, *malo* e *traydor*! (v. 3383).

En el último ejemplo los lexemas *alevoso* y *traidor* son prácticamente sinónimos completos, mientras que *malo* subraya adicionalmente, como sacando fuera de paréntesis, la calidad negativa que implica su significado.

<sup>6</sup> Moreno Cabrera, 1991, p. 248.

<sup>7</sup> Aquí y en adelante, en los ejemplos citados los subrayados son nuestros.

Con los nombres neutros, no marcados estilísticamente, con una característica calificativa cero el vocablo *malo* se emplea muy raramente. Como regla, en tales casos se trata de locuciones fijas de tipo fraseológico, como por ejemplo *un dinero malo*, cumpliendo el papel del refuerzo léxico de la negación y equivalente a la locución más moderna *ni un cuarto, ni un ochavo*:

... [que] non les diesse mio Çid de ganancia *un dinero malo* (v. 365).

... non prendré de vos quanto *un dinero malo* (v. 503).

La fórmula-cliché se crea a partir de la transformación de la característica calificativa de la esfera puramente valorativa (*malo*) al campo «valor-dimensión», o sea a través de una evaluación nueva del significado del lexema.

En algunos casos el sustantivo, neutro por su semántica, adquiere una connotación a través del contexto anterior, y así el empleo del adjetivo *malo* a su lado se hace formalmente redundante y adquiere, como consecuencia, el carácter ornamental propio de los epítetos. Así, cuando los infantes de Carrión se disponen a azotar cruelmente a sus mujeres, las hijas del Cid, y dejarlas en el espeso robredo de Corpes, antes de hacerlo describen a sus mujeres lo que les espera:

Bien lo creades, don Elvira e doña Sol,  
aquí seredes escarnidas en estos fieros montes.  
Oy nos partiremos, e daxadas seredes de nos;  
non abredes part en tierras de Carrión.  
Irán aquestos mandados al Çid Campeador;  
nos vengaremos aquesta por la del león (vv. 2714-2719).

En la respuesta de doña Sol, que ruega inútilmente a los infantes que no les hagan daño, se encuentra el sustantivo *enssienplos*, en principio neutro por su semántica, pero que en el contexto dado, ya expuestas las intenciones de los infantes, adquiere una connotación peyorativa, y el adjetivo *malo* ya no añade nada nuevo semánticamente al sustantivo, solo enfatiza su valor:

Por Dios vos rogamos, don Díago e don Ferrando, nos! (v. 2725).

Atan *malos* enssienplos non fagades sobre nos (v. 2731).



Como ya queda dicho, en contraste con el empleo excesivamente limitado de los lexemas calificativos de semántica negativa, salta a la vista el uso muy frecuente y variado de los adjetivos de valor positivo, *bueno* sobre todo. Este vocablo prácticamente no tiene ninguna restricción en la capacidad de combinación, a excepción de los pocos lexemas arriba examinados, de semántica negativa. Los nombres que determina pueden pertenecer a los más diversos grupos léxico-semánticos. Ejemplos:

... vos lo mereçedes, darvos queremos *buen* dado,  
de que fagades calças e rica piel e *buen* manto (vv. 194-195).

... bien sepa el abbat que *buen* gallardón dello prendrá (v. 386).

... ca nunqua en tan *buen* punto cavalgó varón (v. 408).

... falta que yo me pague sobre mio *buen* cavallo... (v. 498).

Dios, qué *buen* vasallo, si oviesse *buen* señore! (v. 20).

Merecen una mención especial las expresiones fijas constituidas por el adjetivo *bueno* y una serie de sustantivos. Con mayor frecuencia figura en el texto del poema la fórmula tradicional *en buen ora*, que funciona como un cliché y se usa dentro de una perífrasis épica, poniendo de relieve lo importante que es la figura del héroe:

... ya Canpeador, en *buen ora* fostes naçido! (v. 71).

El buen Canpeador que *en buen ora* cinxo espada  
derredor del otero, bien çerca del agua,  
a todos sos varones mandó fazer una cárcava... (vv. 559-561).

Habiéndose empleado tales frases con frecuencia en calidad de una característica estable y fija del Campeador, poco a poco van convirtiéndose en denominación del héroe, suficiente por sí misma, y ya se usan de una manera autónoma, independiente, como sustitutos de los nombres propios *Çid* y *Canpeador*:

Exido es de Burgos e Arlançón, a passado,  
vino pora la tienda del *que en buen ora nasco*  
reçibiólo el Çid abiertos amos los braços... (vv. 201-203).

Bien lo aguisa *el que en buen ora nasco...* (v. 808).

Oíd lo que dixo *el que en buena çinxo espada...* (v. 1604).

Como nos demuestra el último ejemplo, esta fórmula resulta ser tan estable y fija que admite con facilidad la omisión del sustantivo sin perjudicar a la interpretación adecuada de la expresión. Sin convertirse en regular, la elipsis mencionada no obstante es de alta frecuencia en el texto del *Poema de mio Cid*. Con todo esto, siendo natural y fácilmente descifrable en el castellano antiguo, tal figura elíptica no es admitida en el español actual y suena como arcaica y poco comprensible, así que en todas las traducciones modernas del poema figura una frase completa.

En el texto del *Poema* la posición del adjetivo *bueno* en la frase dada puede variar respecto del sustantivo, pero mucho más frecuente es el adjetivo antepuesto, aunque también se han registrado 4 casos de posposición:

Merçed, Canpeador, en *ora buena* fostes nado! (v. 266).

Mio Çid Roy Díaz, que en *ora buena* naçió,  
en aquel día del rey so huesped fo. (vv. 2056-2057).

... ban besar las manos al que en *ora buena* naçió (v. 2092).

Por su frecuencia en el texto del *Poema de mio Cid*, con el adjetivo *bueno* solo puede competir el lexema *grande*: se han registrado 135 casos, o sea, por su frecuencia cede algo al empleo de *bueno* (197). Al mismo tiempo, en las crónicas de la Edad Media el adjetivo *grande* es un líder evidente, que, por su índice de frecuencia, supera en algunas de ellas dos veces al determinante *bueno*. Esto se explica, sin duda, por la orientación pragmática de las obras cronísticas, que narran los grandes actos de personalidades destacadas. Sucesos extraordinarios, pensamientos y designios grandiosos, pruebas singulares a las que se someten los héroes de las crónicas (lo demás no se ve digno de ser grabado en los anales), todo esto recibe un apoyo explícito en el texto con ayuda del lexema *grande*, que sirve nada más para subrayar una característica tanto valorativa como cuantitativa, implicada en la semántica del nombre determinado. Así, en la *Primera Crónica General* entre los nombres que en la mayoría de los casos están acompañados

del adjetivo *grande* figuran los siguientes: *batalla*, *hueste*, *danno*, *muchedumbre*, *montandat*, así como los sustantivos que designan los estados emocionales, tales como *duelo*, *pesar*, *gozo*, *plazer*, etc. Ejemplos:

... y las muy *grandes* batallas que vençio (149b, 21-22).

... fue el, con muy *grandes* huestes de todos sus regnos, et corrio toda tierra de moros fasta dentro de Sevilla (643b, 31-34).

... et tornosse con *grand* muchedumbre de moros (673b, 43).

El, quando lo oyo, ouo muy *grand* pesar... por el *grand* danno que recibien en Affrica (25a, 44-46).

... ellos avien *grand* plazer por que ganaran la onra daquel fecho (239b, 43-44).

Es evidente que el adjetivo en todos los sintagmas dados interviene en calidad de intensificador del significado del nombre que determina, ya que no cabe duda alguna de que el narrador medieval describe solo las *grandes batallas* que las *grandes huestes* de los reyes cristianos llevan contra *gran muchedumbre* de moros, experimentando *gran pesar* a causa de los *grandes daños* y no menos *gran plazer* a causa de las *grandes victorias*.

El texto del *Poema de mio Cid* en menor grado está orientado a grandes proporciones. La diferencia entre las dos obras se ve muy claramente en la prosificación del texto del *Poema* que encontramos en la *Primera Crónica General* (1289). Según Menéndez Pidal, «la nueva redacción tiende a hacer más complicada la trama y a agrandar sus proporciones, dando al relato cierto tono de caballerías, con merma de la antigua sencillez heroica»<sup>8</sup>. Con todo el carácter épico que tiene el *Poema de mio Cid*, es una obra más, digamos, intimista, tiene un carácter ampliamente humano. La tarea artística del juglar está sujeta al objetivo principal, el relato de la vida y hazañas del héroe. Toda la acción guerrera y política se agrupa alrededor del héroe:

Los personajes no son únicamente ejércitos de cristianos y moros, sino que toman parte en la acción gentes extrañas a la vida militar, mujeres, niños, monjes, burgueses, judíos, los cuales en su obrar nos hacen ver la

<sup>8</sup> *Poema de mio Cid*, ed. de Menéndez Pidal, p. 43.

vida pacífica de las ciudades, la contratación, las despedidas, los viajes, los saludos y alegrías del encuentro, las bodas, las reuniones íntimas para tratar de asuntos familiares o para bromear, la siesta, los atavíos, las entrevistas solemnes, los oficios religiosos<sup>9</sup>.

Todo esto explica la frecuencia relativamente baja del adjetivo *grande* en el texto del *Poema de mio Cid*, aunque se puede hablar tan solo de lo relativo de la característica dada, ya que en él *grande* es el segundo por la frecuencia como lexema calificativo, después de *bueno*. Se emplea muy ampliamente para intensificar el significado del sustantivo, tanto para contar las victorias y ganancias de Cid Ruy Díaz como para describir las emociones que experimenta el mismo Campeador, así como sus íntimos, sus compañeros de armas y sus enemigos:

Mio Çid don Rodrigo trae ganança *grand* (v. 973).

... ovo *gran* pesar e tóvoslo a *gran* fonta (v. 959).

... con tan *grant* gozo reçiben al que en buen ora nasco (v. 245).

... el comde don Remont dar nos ha *grant* batalla... (v. 987).

Por supuesto, no sería justo afirmar que en el texto del *Poema de mio Cid* el adjetivo *grande* funcione solo como intensificador del sema calificativo del nombre. Esta función suya prevalece sin duda alguna, pero no es la única. El vocablo *grande* puede intervenir también como determinante especificativo, indicando al referente extensionalmente, es decir presentándonos una propiedad del referente al que aludimos mediante el nombre. En este caso el adjetivo desempeña la función del centro informativo (el rema) del sintagma nominal. Pero cabe señalar que tal empleo es poco frecuente:

Dixo el Çid: «De *grand* natura son infantes de Carrión,  
ellos son mucho orgullosos e an part en la cort (vv. 1937-1938).

En el ejemplo dado el adjetivo determina a un sustantivo de característica valorativa cero y, como consecuencia, desempeña un papel semantizador, indicando el alto linaje de los infantes.

<sup>9</sup> *Poema de mio Cid*, ed. de Menéndez Pidal, pp. 65-66.

Además de los lexemas examinados llevan un índice de frecuencia bastante alto algunos otros adjetivos de amplia semántica. Son poco variados y, como regla, expresan virtudes morales o físicas, como *noble, leal, onrado, complido, fidel, santo, alegre, fuerte*, o parámetros físicos como *alto, luengo* y algunos otros. El análisis semántico de este grupo de lexemas adjetivales sigue demostrando con máxima evidencia la predominancia de *lo bueno* sobre *lo malo* en la cosmovisión del autor medieval.

Y al fin, los adjetivos de valor específico, relacional, tienen un índice de frecuencia bajísimo en el texto del *Poema*. La gama de colores no es nada variada y se reduce a un número muy limitado de calificativos (*blanco, negro, vermejo, dorado*), que además van unidos en la mayoría de los casos a sustantivos muy determinados, o sea también crean fórmulas tradicionales: *sávana blanca, pendón blanco, piel vermeja*. Los adjetivos relacionales, muy raros ciertamente, también participan en la creación de fórmulas-cliché, dentro de las cuales suelen pasar a la categoría de adjetivos calificativos de valor o dimensión, sea de una manera completa o parcial, interviniendo a veces en calidad de intensificador de la semántica del sustantivo:

... que mio Çid Roy Díaz lid *campal* a arrancado (v. 784).

... yo ruego a Dios e al Padre *spiritual*... (v. 300).

Merced vos pido a vos, mio *natural* señor... (v. 2031).

El significado puramente relacional lo tienen en el *Poema de mio Cid* solamente los adjetivos que indican origen o nacionalidad (varones *castellanos*, condes *gallizanos*, emperador *affricano*, príncipes *romanos*), así como un lexema próximo a estos por su semántica —*cristiano*— en las fórmulas *la yente cristiana / las yentes cristianas/cristianas gentes* que figuran en pareja de oposición con el sustantivo *moros*. En comparación con el alto índice de frecuencia de los modificadores valorativos, los adjetivos señalados forman un grupo muy reducido, lo que, como ya queda dicho, refleja también las particularidades de la mentalidad medieval.

Así pues, como podemos ver, el sistema adjetival refleja de un modo evidente, tal vez como ninguna otra categoría lingüística, los rasgos específicos de la mentalidad metafórica de la época. Las carac-

terísticas de la cosmovisión medieval, tales como la ley de la detención mental (*arrêt mental*), que lleva a la creación de las conexiones asociativas inviolables, como el predominio de la percepción sobre la apercepción en el proceso del conocimiento de los fenómenos del mundo circundante, como la tendencia a hipostatizar los conceptos, como la aspiración a la representación positiva de la realidad... todo esto recibe un reflejo convincente en la semántica de los modificadores del nombre que funcionan en el texto del *Poema de mio Cid*. Pasarán años, vendrán nuevas épocas, cambiará la concepción humana del mundo, y al verificarse los cambios evolutivos en la cosmovisión del hombre, será el epíteto el que reaccionará antes que ninguna otra parte del discurso a los cambios definitivos en la imagen del mundo. Ya en la *Celestina*, que aparece en el límite de los siglos xv y xvi, el sistema adjetival nos dará muestras de un cuadro totalmente distinto al que hemos visto en el *Poema de mio Cid*, reflejando ya la mentalidad de los albores del Renacimiento.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BICILLI, Piotr, *Elementi srednevekovoi kulturi (Elementos de la cultura medieval)*, St. Petersburg, 1995.
- GILI GAYA, Samuel, *Curso superior de sintaxis española*, Barcelona, Bibliograf, 1982.
- LIKHACHEV, Dmitriy, «*Slovo o polku Igoreve*» i kultura ego vremeni («*Canto de las huestes del príncipe Igor*» y la cultura de su tiempo), Leningrad, Khudozhestvennaia literatura, 1985.
- MORENO CABRERA, Juan Carlos, *Curso universitario de lingüística general*, tomo I, *Teoría de la gramática y sintaxis general*, Madrid, Síntesis, 1991.
- Poema de mio Cid*, ed., introducción y notas de Ramón Menéndez Pidal, Madrid, Espasa Calpe, 1983.